

QUIERO SER JAMES JOYCE

Autor: José David Cano Pérez

Hola. Soy el escritor del relato que vas a leer a continuación. Nunca sé bien con qué frase comenzar, ahora no se me ocurría ninguna. Pero te aseguro que, detrás de este saludo cordial, hay una historia que contar. Pensé que era una cortesía. ¿Y qué voy a contar? Pues he pensado que algo autobiográfico. He escrito muchos relatos y para éste me está costando darle vida a mi imaginación. Parece que no puedo hablar de otra cosa que de mí mismo. No sé, soy un endogámico. Así que he decidido relatar un hecho que ocurrió apenas hace unas horas.

He asesinado a mi esposa.

¡Sorpresa! Sí, ya sé, muy cliché. ¡Pero porque todavía no habéis leído cómo lo relato yo! Ya veréis, continuad leyendo. Ya, ya sé que necesitáis unos personajes, una situación, unas descripciones. Quedaros con mi esposa y conmigo, no necesitáis más. Como son personajes atribuidos a personas reales, no los bautizaremos. Podemos dejarlo en el Escritor y la Esposa, y ya está. Pensadlo, soy un asesino perseguido por la ley, no podría dar mi nombre. Estaría, y estaré, confesando su asesinato. ¿Para qué negarlo? Lectores anónimos, sois los únicos con los que puedo hablar de este tema. Ya, lector, también podría Ya, lector, también podría colocarle un pseudónimo a cada uno. ¿Qué decir? Que ya tendría que retroceder líneas y corregir lo escrito, y eso no entra en mis planes. ¿Por qué no? Porque no es la filosofía que voy a seguir para este relato. Es decir, no solo voy a desahogar la pena de ser el causante de la muerte de mi esposa, sino que también quiero verter un sincero homenaje a una obra, Ulises de James Joyce. Me contaron que el escritor la escribió de corrido, sin corregir ni un ápice de lo que fue saliendo de su pluma, emulando el pensamiento humano con la ausencia de meros signos de puntuación. Y eso quiero hacer yo, dejar el bolígrafo sobre el papel y que sea él quien decida qué dirección tomar, yo la acataré. Sin correcciones, que la gente vea lo que somos, sin Photoshop, una escritura real. Como Joyce. O, bueno, eso dicen porque, siendo francos, tampoco es que me lo haya llegado a leer. ¡Oh! ¡Atentos! Que me viene

un flashback.

-Si acabas con mi vida, conmigo se viene también la tuya. Poco tardarás en arrepentirte.

Eso dijo, menos teatralizado, mi esposa. Vaya una fiera. Poco creído que se lo tiene. No niego que la quisiese, adorado lector, pues hemos pasado más de diez años juntos, la mayoría de ellos felices. Con sus altos, con sus bajos. Con cientos de viajes a lugares inhóspitos. Menos de los que yo quisiese, menos de los que ella habría querido. Recuerdo el día que la conocí. ¡Qué tiempos aquellos! Comprenderá el lector que, por entonces, ya era la mujer más hermosa de cuantas me rondaban pero yo ni me fijé en ella. No sabía que podía optar a tal premio. Y aun con el paso del tiempo seguí sin creer que algo así podía ser para mí. Íbamos a la misma clase juntos, en el instituto, cuando ambos éramos vírgenes y desconocíamos lo que era el mundo.

Comprenderá el lector que si pese al bello recuerdo la asesiné fue por un buen motivo. Lo tengo, un buen motivo, y lo contaré más tarde. Un buen motivo, espero.

Comprenderá que todo lo idílico se fue desvaneciendo. Me metí a estudiar Filología y no pude ni terminar la carrera. Ella acabó con el título de Económicas trabajando como comercial para diversas empresas, la mayoría de mala muerte. Antes de terminar sus estudios, ya estábamos viviendo juntos. Ya ve, dos efebos de veintitrés años.

Me suena que en la novela de Joyce los protagonistas hacen cosas. Salen a la calle y hacen cosas. Y la gente, en homenaje al libro, sale a la calle y hace lo mismo que los protagonistas. El Bloomsday lo llaman. Y yo no paro de divagar. Cuán poco me parezco a Joyce y cuanto a mí. Propósitos para el año nuevo, anota, leer más. Anota, leer a Joyce.

Y ahí estábamos, Esposa y Escritor, en plena post-adolescencia, conviviendo, sin eludir la cita semanal de borrachera universitaria aunque ambos ya hubiésemos abandonado el ámbito estudiantil. Una a sus tareas. Servidor cuidando la casa y

trabajando en mi obra.

-El día que me vaya, me echarás de menos. El día que me vaya, harás lo imposible por que vuelva.

Unos años después, cansado de todo, surgieron las amenazas. Posteriormente, un frío y precipitado asesinato. Os cuento la situación. Frente a frente, hace unas horas, una lluviosa tarde de domingo. Cuánto asco hace en domingo. Con resaca de la noche anterior y ella, irónicamente, con cabreo asesino. Y el asesino, uno mismo, con el arma en sus manos. Avisando. Sin recordar bien cómo empezó todo. Sin saber bien la lógica que me llevó a esa solución. Sin entender bien cómo acabé haciendo lo que hice.

En ese momento, ella tenía que desaparecer, lo vi claro. Sus ojos me acribillaban. Una, y otra vez, ya no me procuraba placer. Solo dolor. El dolor de saber que no está cuando la necesito. ¿Por qué se largó? Vivimos juntos y apenas la veo de día en día. ¿Dónde estabas?

Recuerdo que fue la primera que me quiso, que me animó, que me comprendió que para mí escribir la Obra lo era todo, que no juzgó mis fracasos, y que nunca me achacó mi forma de vida.

¿Arrepentimiento? Lector, eso son cosas tuyas.

No recuerdo qué me gritaba. Cuando se enfada habla en un idioma extraño que no consigo descifrar. Las palabras que usa son castellanas pero el significado de la frase es lo que no logro comprender. No llegar a entenderla, me mosquea aún más. Con un arma potencial en la mano, me convierto en una bomba de relojería. Y estallo, vaya si estallo. La observo desde aquí sobre un charco de su propia sangre, mirando al vacío.

Siempre que pienso en ella la recuerdo desnuda. Aunque la mire ahora, vestida, yacente, en mi mente su proyección es sin una capa de ropa.

¿Queréis que os describa la habitación en la que estoy? Pues bien, encima de la tele hay unas fotos nuestras. En Tobarra, hace tres años, nuestra luna de miel. Nuestro

último viaje juntos. Nunca se me dio bien escribir. Ella siempre quiso visitar New York, San Francisco y New Orleans. Y en el Valle de los Caídos, mear sobre la tumba de Franco. En eso nos parecíamos.

-¿Que no te cuido? ¿Y tú a mí? No me dedicas tiempo. Media hora, al día. ¿Es mucho?

Eso lo apunto, que se me olvida. Intento recordar la conversación.

-Un regalo, una sorpresa, nada. Un polvo, ni eso. Media hora al día, es lo único que pido.

No puedo dedicarte tiempo, me debo en cuerpo y alma a la Obra. No avanzo. La Obra es lo único importante para mí.

-No me extraña, no puedes terminarla sin mí. ¿Te has olvidado de quién soy? El día que me vaya, me echarás de menos. El día que me vaya, harás lo imposible por que vuelva.

Y otra voz, a lo lejos, resuena dentro de mi cabeza.

-Todo lo bueno que hiciste alguna vez, todo, fue gracias a mí.

La vuelvo a mirar, desde aquí, mientras relleno estas últimas líneas. Lo lamento por usted, lector, que quizás esperaba otro tipo de historia. Este no es el relato de una confesión, sino un vano esfuerzo desesperado por resucitarla. Creo que se mueve. Dicen que si llego al final habiendo aprendido algo, ella volverá a la vida. Perdóname, nunca quise asesinarte, te necesito. Espero que no se haya escapado mi oportunidad.

© 2012 Albert Woodgate, <http://www.gorzas.es>. Esta obra está bajo una [licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0 España](http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/).